

Manuel Vilas

Setecientos millones
de rinocerontes



Un manual de antipsiquiatría para aquellos que sienten de verdad y que viven con pasión «Vivir es un rinoceronte.» Desde la alegría inapelable, el amor o el desamor, la creatividad exótica, la desesperación, la risa, la ebriedad o la locura, los seres que pueblan estas páginas revelan una originalidad que puede parecer alucinada. Este conjunto de locos, de rinocerontes resplandecientes, nos conduce a la empatía o al asombro pasmado, pero siempre, de alguna forma, a la identificación profunda con unas personas que desde su deriva están sintiendo de verdad, con desorden, con dulzura, desenfrenadamente. Manuel Vilas retrata en este libro la excepcionalidad de la mente del hombre moderno y transmite, con acrobacias imposibles, plenas de fantasía, que la elección más sugerente siempre es el trastorno. Porque éste, aun en sus manifestaciones más extremas, es sin duda una de las maneras más intensas de vivir.

«Trajeron del Brasil unos portugueses
en el siglo XVI una abada o rinoceronte
hembra».

ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS

Vivir es un rinoceronte

Las danzas de la vida son historias que yo cuento. Cuento historias que hablan de bailar mientras nuestras vidas duran. Estaba pensando en la vida como un humilde e inexpressivo baile en el tiempo. Un baile de rinocerontes, de seres corpulentos. En el cuerpo de los rinocerontes, en la masa tangible, está contenido todo: el amor a los padres, el amor a las ciudades, el amor al hecho físico de respirar, el amor a la locura, el amor a la soledad, el amor al amor. Las danzas de la vida tatuadas en la parsimonia hierática y misteriosa de un rinoceronte.

Setecientos millones de rinocerontes es un manual paliativo para personas que hayan sufrido algunos de los padecimientos psicológicos avanzados que en este libro se detallan, especialmente el simple y llano padecimiento de vivir, de estar vivo, y sus infinitos derivados, algunos aún por catalogar.

En realidad, yo llamo trastorno del rinoceronte al hecho en sí de existir, de vivir, de pasar por este mundo.

El rinoceronte es el animal totémico del siglo XXI. Su pasividad ante el incendio de la raza humana es nuestra pasividad.

El rinoceronte es el estado sólido de la existencia. Materialmente, existir es un rinoceronte.

Porque los rinocerontes se caracterizan por su gran tamaño. La existencia de los seres humanos es un megarrinoceronte.

El escritor rumano Eugène Ionesco escribió una obra de teatro titulada *Rinoceronte*, donde se maltrataba a este animal. Fue denunciado por ello y hubo una condena a muerte que no se cumplió, injustamente.

Como digo, Ionesco fue llevado a los tribunales por maltrato animal. Este hombre, que escribió en francés y no en rumano, pues si hubiera escrito en rumano, su maltrato a los rinocerontes habría pasado desapercibido, pensaba que los rinocerontes son seres abominables.

No sé si recuerdan ustedes que en el siglo XX florecieron unos señores extremadamente malignos llamados Stalin y Hitler. Pues bien, Ionesco pensó que los seres humanos, por influjo de Stalin y de Hitler, nos convertimos en gregarios rinocerontes.

Estaba equivocado.

El rinoceronte es amor, es dulzura y es pasión.

Mucha gente que ha sido declarada médicamente muerta y que de forma milagrosa ha vuelto a la vida dice haber visto una luz.

De entre estos regresados hay unos pocos que, bien porque han recibido el don de la iluminación, bien porque permanecieron muertos más tiempo, lograron ver qué había un poco más allá de la luz. Y un poco más allá de la luz, cuando consigues ver qué hay detrás de esa alegórica luz, te topas con una manada de setecientos millones de rinocerontes.

Es una medida justa: setecientos millones.

Los rinocerontes viven como nosotros, pueden llegar a los ochenta años.

Pueden alcanzar un peso de tres mil seiscientos kilos. Es verdad que los elefantes pesan más, pero los elefantes no encierran el significado de la existencia humana.

Y además, los elefantes no nos interesan.

Están muy vistos. Todos los circos de la Tierra tienen elefantes. Y los zos también.

El rinoceronte, en cambio, ha sido incomprensiblemente desplazado, orillado. El rinoceronte es un ser resplandeciente, luminoso, sencillo y noble.

El rinoceronte, como los mejores seres humanos, es un animal solitario. Siempre ha estado aquí, en la Tierra. Deja

de ser solitario si se encuentra a otro rinoceronte con el que valga la pena estar.

El rinoceronte hembra se llama abada.

Claro que vivir es desamor, es alucinación, es deterioro, es matrimonio, es familia, es crimen, es alegría y es barra libre, es «champán para todos».

Vivir es un rinoceronte.

Llamamos rinoceronte a la oxidación, al envejecimiento, a la avería, a la catástrofe.

Igualmente, llamamos rinoceronte al júbilo, a la belleza, a la pasión, a la fraternidad.

El misterio de vivir es un rinoceronte.

En efecto, querido lector, estás ante un libro de autoayuda para alcohólicos impenitentes, que no anónimos.

Soy un ferviente defensor de la antisiquiatría cósmica, porque el universo, con sus planetas y sus galaxias, también está trastornado.

Cómo explicar todos esos fenómenos físicos que acontecen en el espacio sideral sino como trastorno de la materia, y de la antimateria.

Porque la antimateria aún está más trastornada que la materia, si es que esto es posible física o matemáticamente.

Yo creo que nadie está loco, como mucho puede estar borracho, que ya es suficiente en términos globales.

Pero la dipsomanía no debe ser culpabilizada. Pues en verdad los seres humanos somos criaturas inclasificables, originales y en extremo ebrias.

Hace doce años obtuve el título de licenciado en Psicología Clínica por la Universidad Nacional de Educación a Distancia, en el Centro Asociado de Teruel. Hace tiempo, los políticos en España pensaron que estaba bien que la gente estudiase carreras universitarias a distancia e inventaron la UNED. En alguna medida, esos políticos y profesores fueron pioneros del mundo virtual y del mundo líquido, del mundo ingrávido en el que vivimos todos ahora. De ahí

que haya tantos trastornos psicológicos, filosóficos y vitales.

Teruel es una ciudad española (bastante desconocida, está situada al noreste peninsular, más o menos) en la que yo vivía en aquellos años. Obtuve mi licenciatura turolense con excelentes calificaciones, dada la calidad de mi prosa especulativa.

Hace diez años que me dedico profesionalmente a la psicología clínica en la ciudad de Cádiz. Cádiz también es una ciudad española; Cádiz, en concreto, cae en el sur peninsular, muy al sur diría yo, a diferencia de Teruel, que, como ya he dicho, cae en el noreste peninsular.

Este libro, por consiguiente, surge de mi dilatada práctica profesional, después de haber oído con detenimiento y con cariño a muchos de mis pacientes. Casi todos dipsómanos.

Detrás de cada uno de los testimonios que componen *Setecientos millones de rinocerontes* hay un paciente, y por tanto un excelentísimo ser humano en el que late la extrema carnalidad y la extrema y contundente materia de un rinoceronte blanco; late, como digo, un ser humano a quien traté en mi diván y a quien por supuesto no curé, porque la vida y el rinoceronte no tienen cura alguna.

Bueno, diván no tenía, eran muy caros. Tenía un sofá normal, que compré en Ikea, pero daba el pego.

Prosigamos: cómo va a tener cura la vida, permitan que me ría un poco, siendo la risa otro de los más célebres y aplaudidos trastornos.

Como es obvio, todos mis pacientes están muertos. Y el presente libro se publica a título póstumo. Padezco una enfermedad terminal.

Mi última voluntad es, precisamente, que este libro vea la luz una vez que yo ya no esté en este mundo y así ya no pueda seguir trastornándome.

Quisiera ser recordado por esta máxima: «Vivir es convertirse en un rinoceronte». Todo ser humano llega al últi-

mo suspiro de su vida metamorfoseado en un ser completamente distinto del que pudo llegar a imaginar en su más tierna infancia o sediciosa adolescencia o indómita juventud, porque vivir es dejar de ser el que se fue para siempre, es cambiarse, es rodar, y rodar por carreteras secundarias y caminos vecinales y autopistas internacionales y por calles y por aceras y por pasillos sin nombre; vivir es una transformación y un desgaste.

Nunca volverás a ser quien fuiste.

Y puede que no soportes eso. Puede que no soportes la presencia de ese rinoceronte.

Vivir es convertirse en setecientos millones de rinocerontes.

Las ruedas de un coche se gastan y se trastornan.

Y el trastorno es la gracia de la vida, una gracia dura, muy dura, pero gracia al fin y al cabo. Si no te desordenas, hermano, es que no has vivido.

Desconfía de aquellos seres que siempre vivieron bajo el orden.

Dios mismo se trastornó tanto que creó al rinoceronte, una muestra obvia de su furioso trastorno.

Es allí adonde quería ir a parar: es aceptable y normal que existan perros, gatos, pájaros, ciervos, tigres, monos, mosquitos, osos y lobos.

Pero la existencia del rinoceronte manifiesta una desviación de la Naturaleza, es un animal gratuito.

La Naturaleza creó al rinoceronte como un recordatorio poético.

La Naturaleza se desordenó y creó al rinoceronte.

El hombre se trastornó a imagen de Dios y creó la Historia y, en fin, pongamos aquí un largo etcétera.

Y vayan estas líneas exclusivamente para ti, amor de mi vida, mi dulce X., y vayan para ti porque deseo decirte que el trastorno no es insania, ya sé que me viste muchas veces al borde de los más altos acantilados, como un mesías lóbrego, aunque agosto.

Tú, mi abada.

Te diré, dulce X., que el trastorno es pasar de la normalidad a la excepcionalidad, del orden gris y acartonado a la festividad sustancial e imprevisible del rinoceronte.

Todo ser humano tiene derecho a ser libre y a estar enamorado.

Por tanto, todo ser humano tiene derecho a convertirse en un rinoceronte.

Todo ser humano tiene derecho a emprender un viaje hacia lo desconocido, hacia las Indias, hacia África y Asia, hacia el horizonte marino, hacia el ceremonioso unicornio, para saber qué hay más allá de ese horizonte que los océanos esconden.

Pensé que una buena metáfora de la vida vivida eran setecientos millones de rinocerontes rompiendo la luz.

La memoria es eso, setecientos millones de rinocerontes a la vez.

Conviértete en un rinoceronte.

El rinoceronte es un trastorno enamorado.

Trastórnate. Es delicioso.

CRISTÓBAL COLÓN
*En la ciudad de Cádiz,
a 4 de marzo de 2021*

1. Rinocerontes en familia

Recojo a continuación testimonios de rinocerontes que vivieron sumergidos en las densas profundidades o tinieblas de maravillosas y, por supuesto, trastornadas familias de rinocerontes.

La familia trastorna muchísimo, ya lo creo.

Son tres confesiones de rinocerontes que hablan, a saber: la primera se titula «El hígado errante» y la originó un rinoceronte dipsómano que fundía en un solo ser (bajo el palio de la dipsomanía) a su padre, a su abuelo y a su propio hijo; todos eran alcohólicos, todos eran rinocerontes de Sumatra, pero unos rinocerontes alcohólicos excelentes, deliciosos. Es una confesión trágica, breve y con su punto lisérgico.

La segunda confesión se titula «Lago Michigan» y es algo terrorífica: la historia de un padre, gran rinoceronte negro, y su hijo, un rinoceronte blanco, ajenos a la consumación de la carne, un hijo viejísimo y un padre, obviamente, mucho más viejo. Rinocerontes viejos en Chicago.

La tercera se titula «Tres urnas»: es la más afligida, la más emocionante, es tan profunda que siempre lloro cuando la leo. Una hermosa historia de rinocerontes hermanos. La hermandad de los rinocerontes.

El hígado errante

Te recuerdo, papá, con la copa en la mano, celebrando cualquier estupidez. Tengo recuerdos muy precisos de ti, mamá, y de ti, papá. ¿Qué os pasó, si éramos tan felices? Estáis bajo la tierra los dos, solo yo levanto la memoria de esta familia, porque éramos una familia. Levanto la memoria como si levantara el mismísimo Titanic, aquel buque que se hundió en 1912 en el Atlántico Norte y cuya aventura trágica sirvió de argumento a cientos de películas detestables y absurdas. Y Francisco, mi hermano pequeño, ¿sabéis qué fue de él? ¿Queréis saberlo? ¿Se lo comió un tiburón, tal vez? ¿O lo rumió un rinoceronte? Pero es a ti, papá, a quien recuerdo con la copa en la mano, y éramos felices. Nos llevabais a esquiar. Sí, a la nieve. Nos comprasteis esquís de alta gama, y dormíamos en hoteles caros. Y yo os quería.

Todo ese tiempo que ha pasado, no sé; es diabólico que ya solo lo celebre yo.

Me gusta ir de vacaciones a vuestras tumbas.

Me gasté mucho dinero en conseguir que vuestros restos reposaran juntos en el cementerio de Benasque, un pueblo nevado del norte de España, cerca de una estación de esquí llamada Cerler.

¿Un capricho? Yo os amaba; ya sé que nunca os lo dije.

En Cerler, papi nos enseñaba a esquiar. Él era un gran esquiador. Nos alojábamos en el Gran Hotel de Benasque. Dormíamos los cuatro juntos, en una habitación cuádruple. Papi siempre comentaba lo difícil que era conseguir habitaciones cuádruples suficientemente grandes.

Tumbas caras, sobre las que se posan extraños pajarracos venidos de Australia.

Una noche en Benasque, en el año 728 antes de Cristo (sí, ya sé que no tiene ninguna gracia la broma, pero estoy convencido de que el tiempo no existe), cenamos en un restaurante los cuatro: tú, papá, tú, mamá, y tú, Francisco, mi hermano pequeño.

Era Navidad y estaba nevando.

Yo tenía doce años.

Me gustaba tanto miraros: la desintegración de vuestros globos oculares, su infierno despierto, las venas negras de los ojos rojos.

Y otra noche en la ciudad de Jaca, en Semana Santa, os vi daros un beso resplandeciente. Un beso que quemaba el horizonte podrido.

Te veo con la copa en la mano, saliendo a la terraza nevada de la habitación cuádruple el día de Año Nuevo y gritando: «Oh, qué maravilla de día, soy tan feliz». Y acto seguido ya buscabas algo que no era un café con leche, y así en un movimiento interminable hasta que, pasados los años, muchos años, te vi sin la copa en la mano.

Soy yo, papá.

Hola, papá, ¿vienes de entre los muertos, por eso no llevas la copa en la mano?

Todos los padres somos el mismo padre.

No estaría tan seguro. Vienes a que te cuente qué pasó con Francisco, ¿verdad? Bueno, tú sabías que yo saldría adelante, pero tenías tus dudas con Francisco. Cuando se funda una familia hay que permanecer en ella hasta el final, de lo contrario el amor se convierte en veneno y destrucción.

Estábamos tan unidos.

Yo estaba pensando en el año de 1972.

Yo estaba pensando, papá, en el año 2021. En aquel viaje a Nueva York, miro las fotos y te odio, papá.

Lo rompiste todo.

Tu adorado Francisco, el ser al que más amabas en este mundo, ¿verdad, papi?, tu adorado Francisco se perdió en

la noche de la vida que tú exaltabas tanto; ¿entiendes, hijo-deputa?; mamá ya no dice nada.

Solo yo hablo, hablo y hablo, por hablar.

Pero sí, éramos una familia. Tú no supiste darte cuenta de nada, y yo tampoco, ¿sabes, papi?, tengo cincuenta y dos años y estoy tan solo como cuando a ti te dio el infarto en casa de tu amante y agonizaste durante una semana en un hospital horrible de Madrid.

Mamá no se volvió a casar.

Murió tres meses después.

Se tiró por la ventana.

Se volvió loca.

Ya no tengo dinero para pagar el alquiler de vuestros nichos. Vais a la fosa común, pero eso importa poco. Aquel esplendor de las montañas nevadas. Nos llevabais a esquiar, lo pagabais todo. ¿Éramos ricos? Bueno, ya no tengo dinero, me lo gasté en lo mismo que tú, papá. Pero lo bueno de la Historia y de los años es que nunca queda nada. Pasado el tiempo, la felicidad y el fracaso acaban en el mismo sitio, en el mismo silencio. Y eso me pone a mil. Parece un hediondo pacto con el diablo, o con quien sea.

Acudisteis con Francisco al bautizo de mi hijo Alberto.

Ya soy abuelo, dijiste.

Y dos años después estabas muerto.

Y ahora yo estoy donde tú estás. Me conducen en una ambulancia, ya inerte. De Alberto no sé nada. Se fue con su madre. De Francisco ya no sé nada. Se fue directamente al abismo. Nadie lo volvió a ver. En cuanto a mamá, ya sabes lo que pasó.

Todos podremos vernos en ese instante. Tal vez sea un don concedido a los «papás». En ese instante es como si se abriera el tiempo. Tú me ves, inerte, en la ambulancia, ya fallecido. Yo te vi.

Y ahora mismo estoy viendo a Alberto, igual que nosotros. Tendremos que esperar acaso a que al hijo de Alberto le vaya mejor. ¿Tú qué piensas?

No creo, dices, papá, que le vaya mejor.

¿Una maldición entonces?, digo yo.

No, una casualidad, simplemente, una fatalidad.

Es duro morir así.

Ya da igual, no te das cuenta de que ya da igual.

Sí, me doy cuenta de que las familias son un ente vivo, un ser maravilloso, las familias unidas son una sola persona, una sola memoria, y mueren como un solo ser.

Lo malo es cuando queda vivo un único integrante de una familia: es como si de un hombre tan solo quedase viva la cabeza, o una pierna, o un hígado palpitando en la oscuridad, a la búsqueda de su lugar en un cuerpo del que él es el único testimonio.

Precisamente el hígado, dijiste, con la copa en la mano, mientras una manada de setecientos millones de rinocerontes blancos dilatava tu pupila.